



**Otilia García, 82 años.**

**María Tejero, 19 años**

## El olvido se acuerda de Otilia

La demencia senil causa la pérdida de la conciencia presente y pasada de nuestros mayores

La recepcionista de la Residencia Sanyres de Las Rozas, Madrid, avisa de mi llegada a las enfermeras y me indica cómo llegar al salón. Tras una amplia puerta provista con una rampa para sillas de ruedas, a la derecha, hay varias mesas de cafetería con sus respectivos asientos. Muchas están ocupadas por familiares que vienen de visita, otras, por ancianos que juegan a las cartas o toman un refresco. Apoyada en la barra, una enfermera conversa con la camarera mientras supervisa la llamada telefónica que está realizando una mujer encorvada en silla de ruedas. Me acerco a ellas y pregunto por Otilia García. Se miran entre ellas y la camarera pregunta a la otra chica si no estará en el saloncito. "¿Otilia García?", la interpelada titubea y se gira para mirar a la señora que sigue interrogando al auricular sin que se perciba respuesta alguna. "Otilia García... ¿Es ella?" murmura. Parece que se pregunta a sí misma pues mira hacia abajo con gesto recogido. "¡Sí! Ella es Otilia."

Sin presentarnos previamente, me ofrece los mandos de la silla añadiendo que la puedo llevar donde quiera. Es la primera vez que veo a Otilia por lo que me extraña que la enfermera no se haya interesado por saber si soy su nieta o familiar. Sin embargo, la posibilidad de tener que empujar una silla de ruedas sobre la que se sienta una mujer de aspecto tan frágil acaba por acaparar toda mi atención. La asistente interpreta correctamente mi silencio pues termina por retomar el control ella. Empujando a Otilia, la joven pasa a la sala contigua, un saloncito luminoso con las paredes pintadas en blanco y crema. El mobiliario consiste en varias filas de sillones marrones y butacas heterogéneas en las que se reparten los habitantes del centro. Varios profesionales, vestidos de un blanco pulcro y con zuecos de farmacia, retiran bandejas, reparten pastillas y atienden a los residentes. Ninguno parece superar la treintena, lo que ayuda a reforzar el aspecto de recién estrenado del centro geriátrico.

A mano izquierda, en el fondo, se encuentra especialmente concurrido el rincón donde una televisión de plasma muestra los amarillos, rojos y negros que componen una tarde de faena en Las Ventas. Tan solo dos ancianos del grupo se han sentado de perfil a la televisión, mirando el ventanal que da paso al verde jardín que está floreciendo por la primavera. Mi enfermera deja a Otilia a lado de unos asientos algo retirados del bullicio torero y se marcha dejándonos a solas. Observo a la mujer que tengo delante que desde que colgó el teléfono no ha roto su silencio.

Otilia viste en tonos oscuros, chaqueta, blusa holgada y falda recta hacia media pantorrilla. Lleva los finos cabellos peinados hacia atrás, pero no son lo suficientemente largos como para asirlos en un moño en la parte trasera de la cabeza. Con la cabeza gacha sostiene fija la mirada en ningún sitio, y no levanta los ojos hasta que me dirijo a ella. No es una mujer habladora, a diferencia de muchos de los otros residentes cuyo palique puebla el aire de la sala con un repicar constante y presuroso. Responde a mis preguntas con frases cortas y vagas y sigue sin mirarme a la cara.

Comenzamos a hablar de Murcia, su tierra de origen. Otilia me cuenta que nació en Cartagena (aunque casi al final de nuestro encuentro me desconcierta asegurando



que ella proviene de Pozo Estrecho, un pueblo dependiente del Ayuntamiento cartagenero), que cantaba en el coro “cuando era chica” y que trabajó como funcionaria de correos. Su discurso en ocasiones es difícil de seguir pues deja frases inconclusas o directamente responde a alguna otra pregunta que nadie ha formulado. Pese a todo, a Otilia le cambia la voz cuando recuerda las huertas de su tierra: “Era muy hermosa, muy hermosa. Había fincas con rosales, árboles frutales y las playas”. Otilia hace una pausa antes de continuar con una sonrisa suave: “Teníamos una casa que miraba al mar. ¡Ay, que bonito era el mar!”

De cuando en cuando, Otilia ase los reposabrazos de su silla con fuerza, como tratando de levantarse, pero al instante se deja caer de nuevo desistiendo de su intento. Se retuerce en ella, frunciendo el ceño. Al preguntarla sobre qué le preocupa, Otilia tarda en responder. Cuando contesta lo hace en voz queda y se interrumpe a sí misma, haciendo bailar los labios mientras busca la palabra adecuada que no consigue encontrar. Ante mi silencio prolongado, finalmente confiesa “tener un dolor muy fuerte en el culete”. Mientras dice esto, baja la cabeza, recoge una mano sobre la otra y aprieta, frota y estira su piel pegada.

Otilia apoya su cabeza contra su hombro y hace rato que apenas habla. Decido preguntarle abiertamente sobre el tema que debíamos tratar: el himno de Murcia. Cuando la pregunto por él, Otilia de nuevo sonríe con encanto y con una voz finísima comienza a cantar: “En la huerta del Segura, cuando ríe una huertana, resplandece de hermosura toda la vega murciana...” Maravillada y sorprendida a la vez, escucho como Otilia lucha por no detener más de unos segundos su canción para recordar los versos siguientes. Finalmente, Otilia se rinde y deja sin terminar su interpretación. Tampoco consigue decirme nada sobre El Canto a Murcia, salvo que lo aprendían los niños en las calles. En realidad, no es el himno oficial, sino un fragmento de la zarzuela titulada La Parranda estrenada en 1928, muy popular en los ambientes murcianos. En un momento, Otilia se yergue súbitamente y comienza a tantear el aire que tiene enfrente, como buscando alcanzar algún objeto inexistente. “¿Necesita usted algo, Otilia?” me preocupo. “No hija, no, es por ver que hay por aquí” contesta volviendo a su posición inicial recostada sobre el mullido respaldo. Los ojos de Otilia vuelven a vagar de un lado a otro del saloncito sin posarse jamás sobre nada.

Aún no está anocheciendo, pero al poco una de las enfermeras se acerca para llevar a Otilia a cenar. Antes de marcharse, la chica me pregunta por qué la he elegido para ser mi pareja, alegando que hay personas mejor capacitadas para contarme historias de su vida. Me encojo de hombros sin tratar de explicarla en que consistía nuestro encuentro y mientras se alejaba empujando la silla me aclara que “ésta (señalando con la cabeza a Otilia) no se entera de nada”.

## La inestabilidad de la memoria

En el largo trayecto de autobús para volver a la capital, reflexiono sobre el estado de Otilia y me pregunto si ella es plenamente consciente de quién soy yo y por qué estoy allí. Un par de días antes, Lucía Moreno, su terapeuta, me advirtió telefónicamente de que podría tener problemas con Otilia. “¿Es que es violenta o tiene mal carácter?” inquirí yo. “No, no es eso. Es encantadora pero... no sé cómo explicarte. Tú ven y si ves que no puedes seguir intenta cambiar de pareja para el concurso”. Lo que Lucía no sabía cómo hacerme entender era que Otilia sufre demencia senil. Según el aula de gerontología de la Universidad de Almería define la demencia senil como un “síndrome mental orgánico que se caracteriza por un deterioro de la memoria a corto y largo plazo”. Es decir, los recuerdos del pasado son para Otilia cada vez más



confusos y vagos. Y las experiencias del presente se vuelven más incomprensibles y lejanas. Afirmaba el Nóbel francés Roger Martin du Gard que “la vida sería imposible si todo se recordase; el secreto está en saber elegir lo que debe olvidarse”. ¿Pero qué sucede cuándo perdemos por completo el control sobre el olvido?

En nuestro segundo encuentro Otilia está más despierta y me aclara las partes más confusas de lo que me contó la vez pasada. Los gritos rugosos de una mujer la interrumpen. Siempre atenta a todo, Otilia me explica que esa señora “está mal” y que siempre llama en ese tono a su marido. Su voz se torna seria y pausada mientras me confiesa que “en la residencia hay mucha gente así”. Gira la cabeza hacia donde se percibe a un corrillo de mujeres hablando sobre sus achaques y su posible muerte inminente. “¡Hay que ver, qué temas son esos!” exclama contrariada. Sugiere salir a pasear al jardín para continuar tranquilas nuestra charla. Esta vez soy yo la que empuña los mandos de la silla. Corre un aire frío y Otilia insiste en volver al interior. Una vez en el salón, Otilia continúa pidiendo que regresemos dentro. A pesar de estar colocada de nuevo en el mismo lugar donde merendaba al inicio de la tarde, continúa desorientada y no se tranquiliza hasta que no escucha los acordes taurinos que de nuevo emite la televisión.

En privado, Lucía me explica que apenas dos meses antes de mi primera visita estaba en perfecto estado. Fue la misma Otilia la que se inscribió en el concurso por el que nos acabaríamos conociendo. Sin embargo, un fuerte catarro la afectó de manera que aún no se ha repuesto del todo. Y la terapeuta no sabe decir si algún día lo hará. “Es increíble el cambio que ha dado la pobre Otilia” suspira Lucía. Constatar la fragilidad de nuestra propia conciencia, en la que tanto confiamos, resulta espeluznante. Vuelvo al lado de Otilia. Antes de despedirnos se reafirma en su deseo de volver a Cartagena pues allí tiene primos, gente conocida y, por supuesto, sigue estando el mar. El mismo Mediterráneo que contemplaba desde su ventana años atrás. Puede que nadie pueda evitar que el olvido se lleve sus recuerdos. Pero quizás, de este modo el presente se convierta en una memoria viva para Otilia.

Sumario: Hace bailar los labios mientras busca la palabra que no consigue encontrar  
Sumario: “Es increíble el cambio que ha dado la pobre Otilia”

## Lo importante de la vida

“La vida es muy hermosa, a pesar de todos sus inconvenientes” reflexiona Otilia. Guarda silencio unos segundos mientras se lleva la mano a la frente y hace como si se la escurriera. “Lo más importante de la vida son los sentimientos, y tú deberías valorarlos. En cambio, a la belleza...bueno, hay que darle la relativa importancia que tiene”. Le cuesta precisar en pensamientos tan profundos y se distrae con el sonido de la televisión a nuestras espaldas. En la pantalla, unos presentadores exponen al público la vida privada de unas famosas tonadilleras. Otilia trata de mostrarme la suya: “Sí, he tenido amores, pero, estaba mi hermano y no podían tener importancia. Los mozos no me molestaban mucho, pero tenía muy buenas amistades. Además, siempre tenía a mis hermanos, y a sus hijos”. Otilia ha pasado sus 76 años de edad emigrando del campo a la ciudad. Primero fue de Pozo Estrecho a Cartagena; de allí a Murcia capital; y finalmente, ya casada, terminó por mudarse a Madrid. Otilia recuerda con mucho cariño al hombre al que amó: “Yo quería mucho a mi marido, muchísimo. Cuando se puso malo y murió, el pobrecito mío, yo dejé nuestro piso y vine a la residencia”.



Dos años después, Otilia no se queja de la vida en la residencia donde asegura que “se está bien y se come bueno”. Tan sólo se lamenta de los achaques que la aquejan. Otilia explica que pronto la tienen que operar de la vista, pues ahora ve borroso y no puede “ni leer, ni ver la televisión, ni la primavera en el jardín”. Mientras, le queda la música: “Me gusta escuchar esa que se oye ahora, la que sale en la televisión... ¿Cómo se dice? ¡Ah! Sí, pop”. Volviendo a ponerse seria, Otilia no duda al valorar qué es lo que le ha quedado pendiente por hacer en la vida: “Tener hijos. Yo lo deseaba”.